

Recibido: 19-agosto-2013
Aceptado: 05-septiembre-2013

MIGUEL-ÁNGEL ZAPATA

Y EL ESPACIO INTERIOR DE LA POESÍA

ROLANDO PÉREZ
Hunter College
Departamento de Lenguas Romances

RESUMEN

El autor, en este ensayo encuentra vínculos epistemológicos entre la poesía del poeta peruano Miguel Ángel Zapata y la filosofía de René Descartes, específicamente con sus: "Meditaciones acerca de la filosofía".

Además reflexiona sobre los borrosos límites entre soñar y percibir.

PALABRAS CLAVE:

Soñar, percibir, filosofía, poesía, metafísica.

ABSTRACT

The author, in this essay finds epistemological links between the poetry of the Peruvian poet Miguel Angel Zapata and the philosophy of René Descartes, specifically with his "Meditations on philosophy."

It also reflects on the blurred boundaries between dreaming and perceiving.

KEYWORDS

dream, perceive, philosophy, poetry, metaphysics.

René Descartes comienza sus *Meditaciones acerca de la filosofía primera* con una serie de reflexiones sobre la borrosa distinción que a veces ocurre entre lo que soñamos y lo que percibimos como sujetos conscientes. Descartes se dirige de forma personal y directa a su lector en lo que es una de las descripciones más poéticas e inolvidables en la historia de la filosofía. Cito:

¡Cuántas veces no me habrá ocurrido soñar por la noche, que estaba aquí mismo, vestido, junto al fuego, estando en realidad desnudo y en la cama! En este momento estoy seguro de que yo miro este papel con los ojos de la vigilia, de que esta cabeza que muevo no está soñolienta, de que alargo esta mano y la siento de propósito y con plena conciencia: lo que acaece en sueños no me resulta tan claro y distinto como todo esto. Pero, pensándolo mejor, recuerdo haber sido engañado, mientras dormía, por ilusiones semejantes. Y fijándome en este pensamiento, veo de un modo tan manifiesto que no hay indicios concluyentes ni señales que basten a distinguir con claridad el sueño de la vigilia, que acabo atónito... (1977, p. 9).

Con esta duda radical Descartes dio el primer golpe a la metafísica aristotélica, y abrió paso a la epistemología moderna; o mejor dicho, al nacimiento del empirismo y la fenomenología: que conllevó a la diferenciación entre el mundo interior de nuestra conciencia y todo lo demás que existe fuera de nosotros, es decir, el mundo fenomenal de las cosas u objetos. Y ahora, se preguntarán: ¿Por qué empezar con todo un discurso filosófico cuando el tema de este ensayo es el de un poeta peruano contemporáneo vivo?

Porque como diría Descartes, es “claro y distinto” que la poesía de Miguel Ángel Zapata desde su primer poemario, *Partida y ausencia* (1984) hasta sus dos

libros más recientes, *Fragmentos de una manzana* (2011) y *La lluvia siempre sube* (2012), tratan de la inseparabilidad de los espacios que habitamos con nuestros cuerpos y los espacios que habitamos con nuestra imaginación. En efecto, en la poesía de Zapata, las dos formas de espacio coexisten sin problema ninguno, ya que uno necesita al otro. La rigidez de una línea fronteriza que hizo que el filósofo francés cuestionara su conocimiento del mundo, no existe para Zapata. Zapata viene de una tradición que incluye a Baudelaire, Francis Ponge, Henri Michaux, su compatriota César Vallejo, Alejandra Pizarnik y Gastón Bachelard. Por lo tanto, les propongo que la imagen de pensamiento que mejor expresa la relación dialéctica interior/exterior de nuestro poeta es la de la “ventana” a la cual él hace referencia constantemente en sus poemas. Porque para Zapata la ventana es una metáfora de síntesis. Pero empezaré con la casa—la casa imaginaria de Zapata.

La casa imaginaria

En “La casa imaginaria” del libro *Escribir bajo el polvo* (2000), Zapata escribe:

Tu casa estaba en aquella colina que viste muy cerca del mar, allá donde pensaste con paciencia la disposición del alma de los pájaros cuando cruzaban el horizonte arrasados por las nubes. Tu casa está ahora en una colina sin agua... (2010, p. 92, mis cursivas).

He puesto las palabras “viste” y “pensaste” en cursivas porque esta casa, como cualquier otra casa en la que uno vive, está hecha por nuestros sentidos (visión), intuición (pensamiento), y palabras. Cierre sus ojos por un momento y primero imagínese la casa de su niñez, una casa

hecha de años de memorias, y ahora cierre sus ojos de nuevo e imagínese la casa en la que vive hoy, en la actualidad, y se dará cuenta que la experiencia fenomenológica es casi indistinguible. Es decir, en ambos casos el espacio material de la casa es internalizado para convertirse en “tu casa”. Tu casa, construida de imágenes y mundos imaginarios, da rienda a sueños de pájaros que atraviesan el horizonte “arrastrados por las nubes” (Ibíd.). “Porque la casa es nuestro rincón del mundo,” nos recuerda Bachelard en *La poética del espacio*. “Es - se ha dicho con frecuencia- nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente, la vivienda más humilde ¿no es la más bella? Los escritores de la ‘habitación humilde’ evocan a menudo ese elemento de la poética del espacio. Pero dicha evocación peca de sucinta. Como tienen poco que describir en la humilde vivienda, no permanecen mucho en ella. Caracterizan la habitación humilde en su actualidad, sin vivir realmente su calidad primitiva, calidad que pertenece a todos, ricos o pobres, si aceptan soñar” (1965, p. 28). ¡Y ahí está el asunto!: el reto condicional que un poeta como Zapata acepta de todo corazón -el de soñar con toda voluntad-; y dejar, a diferencia de Descartes, que lo exterior penetre en lo interior. Porque uno no vive literalmente en el medio de la nada. Cada uno de nosotros vive en algún rincón del mundo, en algún barrio que es propiamente nuestro. “Miren mi cuadra: está llena de árboles enormes, patios, y al fondo el colegio de mi hija,” escribe Zapata en “Mi cuadra” en su poemario *Escrito en Nueva York: 2001-2066* (2010, p. 52, mis cursivas). Aquí una vez más, el poeta nos pide que miremos la cuadra en donde él vive. “Miren” *lo que yo veo*. “Lo más hermoso de estas calles es que puedes salir a pasear en bicicleta”, dice el poeta (Ibíd.),

como si le estuviera hablando a alguien que está de visita en su barrio, en su cuadra, por primera vez; y precisamente lo más precioso de “estas calles”, *sus* calles, es la libertad que le ofrecen de poder pasearse en bicicleta.

La ventana¹

Uno ve el mundo desde adentro y/o desde afuera de la casa. Para Sartre el “infierno son los otros”, porque el Otro tiene el poder de convertirme en un objeto con su mirada que me juzga. Y de esta manera el Otro me reduce a la misma otredad que yo le confiero a él/ella, al momento de reducirlo a un objeto, cautivo de mi juicio. Pero, claro, esta es una dialéctica (hegeliana/sartreana) esencialmente agónica del Yo/Otro. Para el filósofo americano, George Herbert Mead, el Otro me “crea”, en el mejor sentido de la palabra, igual que yo “creo” al Otro, en el sentido de una complicidad que compartimos para *crear nuevos* mundos. Siempre tenemos la opción sartreana de demarcar territorios y montar barricadas para que nadie entre, o poner una ventana en el medio de la calle, como hace Zapata, para dejar que el mundo de afuera entre y el mundo de adentro salga. “Mira la ventana, está nevando”, escribe Zapata en un poema titulado, “Una puerta” (2010, p. 31, mis cursivas). Y es interesante que aquí no nos pide que miremos la nieve, sino que miremos la ventana -porque después de todo- no importa si miramos la nieve caer desde adentro o desde afuera. Lo que importa es la que la nieve es una

¹ Sin contar los títulos de los poemas (“Ventana”, “Mi antigua ventana”, “Variedad de ventanas” de *Escrito en Nueva York*; “La ventana” de *La octava estación*; y “Escribo en la ventana” de *Lumbre de la letra*), la palabra “ventana(s)” aparecen 66 veces en los poemas de Zapata.

experiencia que inspira al “escribir y escribir” (Ibíd.). Cito el poema en prosa: “La ventana” (*La octava estación*, 2002):

Voy a construir una ventana en medio de la calle. Vaya absurdo, me dirán, una ventana para que la gente pase y te mire como si fueras un demente que quiere ver el cielo y una vela encendida detrás de la cortina. Baudelaire tenía razón: el que mira desde afuera a través de una ventana abierta no ve tanto como el que mira una ventana cerrada... (2010, p. 69).

“It’s not what you look at that matters, it’s what you see”, dijo Henry David Thoreau. Está claro: lo importante no es lo que se mira sino lo que se ve al mirar algo. Es posible que al mirar a través de una ventana se pueda observar una habitación vacía, una mujer recogiendo algo del suelo, dos amantes jóvenes compartiendo una noche de verano en la entrada de una casa, etc. Y sin embargo, nada de eso importa. Lo importante es lo que se ve con el corazón y la imaginación, como bien lo comprobó Edward Hopper, al darnos tan poco y a la misma vez tanto. Zapata, al igual que Baudelaire, entiende que la ventana cerrada nos ofrece un mundo de infinitas posibilidades. “Yo solo escribo lo que veo, por eso camino,” declara Zapata en “Los canales de piedra” en *La lluvia siempre sube* (2012, p. 41). Ver y observar objetos naturales y artificiales: puertas, árboles, hasta mascotas, es parte del mundo voyeurista de Zapata. Y no, “voyeurismo” no es una mala palabra. Todo tipo de arte es voyeurista; no hay arte o artista (escritor, pintor, o compositor) que no lo sea, que no se deje afectar por el mundo que lo rodea. Las manzanas de Cezanne son singularmente las manzanas de Cezanne y de ninguna otra persona. Para él las manzanas

sabían exactamente como las pintó, como hacen los niños cuando se meten cosas en la boca: para saborear el mundo e internalizarlo. Sólo entonces lo conocen. Y así, una ventana es una imagen de pensamiento de síntesis -la misma síntesis que Kant propuso, es el resultado primero de la intuición y luego, del entendimiento conceptual. A lo cual, Bachelard le añade el concepto baudelaireano de la síntesis poética- que, por supuesto, es muy parecido al de Zapata. Bachelard escribe:

El espíritu filosófico discute sin cesar sobre las relaciones de lo uno y de lo múltiple. La meditación baudelaireana, verdadero tipo de meditación poética, encuentra unidad profunda y tenebrosa en el poder mismo de la síntesis, por la cual las diversas impresiones de los sentidos serán puestas en correspondencia (1965, p. 170).

Esta cita viene del capítulo titulado “La inmensidad íntima”.

La prosa poética del mundo

Son numerosas las referencias a los árboles en la poesía de Zapata, y por casualidad, o quizás no, aparecen muchas veces en poemas donde también se mencionan las ventanas. Cito:

El mar tiene sus ventanas abiertas, y allá adentro siempre hay algo distinto: un árbol, una calle, tal vez el umbral de la felicidad. (“Ventanas” 2010, p. 51)

Y en “Poema” dice el autor:

El poema está aquí en el árbol de tu casa (2010, p. 49).

La inmensidad del mundo se encuentra en nuestra casa. Bruno Schulz, el escritor polaco, autor de *La calle de cocodrilos* y *Sanatorio bajo el signo del reloj de arena*, rechazó intercambiar su pequeño pueblo de Drohobycz por la ciudad de París, aun en el momento en que París fue la Meca de todos los escritores europeos de la época. En las callejuelas de su pueblo -y no en el bullicio de las calles sin árboles de París- Schulz conoció el misterio del mundo. “Devuelto a las fuerzas imaginarias, investido por nuestro espacio interior, el árbol entra con nosotros en una emulación de la grandeza,” dice Bachelard en conexión a un poema de Rilke. Y quizá como era de esperar, Zapata empieza su libro, *Escribir bajo el polvo* con el siguiente epígrafe de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* de Rilke: “Para escribir un solo verso, hay que haber visto muchas ciudades, hombres y cosas, hay que conocer los animales, sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las florecillas al abrirse por la mañana” (2010, p. 83). Estas palabras de Rilke resumen la poética del espacio de Zapata.

Cito “La hora del poema”:

Es la hora del poema: ves la primera letra en el paisaje, abres la ventana y ahí la morada del cielo. Es el día en que revienta la luna y la alhucema sahuma las paredes de la casa (2010, p. 122, mis cursivas).

Si es cierto que es “la hora del poema”, como nos sugiere Zapata, entonces también es la hora del paisaje, del mundo fenomenal, que el poeta convierte en poesía. “Los dos espacios, el espacio íntimo y el espacio exterior vienen, sin cesar, si puede decirse, a estimularse en su crecimiento” dice Bachelard (1965, p. 177),

en lo que bien podría ser una bonita descripción de la obra de Zapata. ¿Ha de sorprendernos, entonces, que Miguel Ángel Zapata, hijo de las piedras humanas de Macchu Picchu, sea un gran maestro del poema en prosa -el género literario que mejor expresa la síntesis *cum* ventana de la poesía (interior) y la prosa (exterior) del mundo?

Al final del día, después de un paseo por el barrio, observando el mundo que le rodea, Zapata duerme tranquilo sin el temor de Descartes “que que no hay indicios concluyentes ni señales que basten a distinguir con claridad el sueño de la vigilia...” Es decir, las ventanas tan temidas por Descartes, hacen a nuestro poeta soñar/escribir bien.

BIBLIOGRAFÍA

BACHELARD, Gastón (1965). *La poética del espacio*, Trad. Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica.

DESCARTES, René (1977). "Meditaciones acerca de la filosofía primera, etc." *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas*. Introducción, traducción y notas, Vidal Peña, Madrid, Alfaguara, 4-52.

ZAPATA, Miguel Ángel (2010). *Ensayo sobre la rosa: poesía selecta: 1983-2008*, Lima, Universidad de San Martín de Porres, Fondo Editorial,

_____ (2011). *Fragmentos de una manzana*, Sevilla, Sibila-Fundación BBVA.

_____ (2012). *La lluvia siempre sube*. Buenos Aires, Melón Editora.